

De libros y bibliotecas

María José Marinas Camarma*

Con motivo del primer número de *Sancho el Sabio: Revista de Cultura e Investigación Vasca* (segunda época del *Boletín de la Institución Sancho el Sabio*), Carmen Gómez escribía un artículo sobre la historia de la Institución (hoy Fundación)¹. En él detalla que el núcleo fundacional de su magnífico fondo bibliográfico fue la adquisición de la biblioteca de Antonio Odriozola y que esta última sirvió de base para la publicación del Catálogo de la Exposición de Libros Vascos celebrada en Vitoria del 8 al 15 de septiembre de 1935². Este importante acontecimiento tuvo como escenario la Diputación Foral de Álava y fue organizado por el Grupo Baraibar, filial de Eusko Ikaskuntza. Las 90 páginas del catálogo con su interesante contenido y el amplio seguimiento del acontecimiento por la prensa de la época³ nos dan idea de la importancia de esta exposición y del nivel de los eruditos encargados de su organización, a los que podemos admirar –junto con el resultado de su trabajo– en las fotografías realizadas por Ceferino Yanguas.

En palabras de los propios organizadores, el objetivo de esta actividad era dar a conocer “...una idea estimable de la labor realizada por nuestro País en el orden de la cultura, no para reposar a su sombra, sino como estímulo y acicate para lanzarse con entusiasmo hacia nuevos afanes culturales”.

1 Carmen Gómez: “Fundación Sancho el Sabio”, *Sancho el Sabio: Revista de Cultura e Investigación Vasca* = *Euskal Kultura eta Ikerketa Aldizkaria*, Año 1, 2ª época, nº 1, 1991, pp. 275-287.

2 *Catálogo de la Exposición de Libros Vascos / organizada por el grupo Baraibar*, Vitoria: Impr. Asilo Provincial de Álava, 1935.

3 *La Libertad*, 9-9-1935, p. 1 y *Pensamiento Alavés*, 9-9-1935, p. 8.



Autoridades y organizadores de la Exposición de Libros Vascos en la escalinata del Palacio de la Provincia. 8 de septiembre de 1935. Autor: C. Yanguas (AMVG) (foto 1)



Exposición de Libros Vascos en el Salón de Plenos del Palacio de la Provincia. 8 de septiembre de 1935. Autor: C. Yanguas (AMVG) (foto 2)

Menos de un año después, el 11 de agosto de 1936 y en el escenario de la Guerra Civil, vuelven a reunirse un gran conjunto de obras en euskera, pero esta vez con una finalidad totalmente opuesta: su aniquilación a través del fuego. Las cenizas de las publicaciones pertenecientes a la biblioteca municipal, a las escuelas y a los trabajos de la imprenta de Ixaka López-Mendizabal —el autor de *Xabierto*— humeando en plena plaza Zaharra de Tolosa nos sobrecogen aún más, si cabe, cuando las comparamos con la riqueza y abundancia de los libros recogidos en la exposición del año anterior.

Estas escenas contrapuestas nos estremecen y nos conducen a reflexionar, entre otros muchos temas, sobre la importancia de guardar y difundir los documentos, así como los pensamientos y datos que estos recogen, para que, a través del conocimiento y la información, la intolerancia vaya dejando lugar al respeto y la convivencia. Esta tarea de guardar y difundir el saber ha sido históricamente encomendada a las bibliotecas, en especial a las bibliotecas públicas sobre las que la UNESCO “proclama su fe en que sean una fuerza viva para la educación, la cultura y la información y un agente esencial para el fomento de la paz y del bienestar espiritual a través del pensamiento de hombres y mujeres”⁴.



Quema de libros en la plaza Zaharra de Tolosa. 11 de agosto de 1936. Autor: C. Yanguas (AMVG) (foto 3)

4 Manifiesto de la IFLA/UNESCO Sobre la Biblioteca Pública, 1994 <https://www.ifla.org/ES/publications/manifiesto-de-la-ifla-unesco-sobre-la-biblioteca-p-blica-1994>

Desde la antigua Mesopotamia hasta la actualidad las bibliotecas han mantenido durante más de cuatro mil años su valor como depósito y centro de difusión del saber y los bibliotecarios han sido los custodios y gestores de los fondos bibliográficos. Independientemente de que el soporte de la información sea sólido y voluminoso como la piedra Rosetta o intangible como nuestra “nube” actual, cualquiera que sea la forma que adopte la biblioteca, sea esta física o virtual, siempre tendrá detrás de ella a una persona o un equipo que realice las diferentes tareas que la hacen posible. Muchas de estas labores: la adquisición, la descripción y la clasificación de los documentos son aparentemente solitarias y han dado lugar al tópico del “ratón de biblioteca” –persona rodeada de libros y absorta en ellos que vive al margen de la actualidad y la sociedad–. Pero nada más lejos de la realidad. Los libros son contenedores de ideas y las ideas son el fruto del pensamiento, o lo que es lo mismo de la esencia humana. Al leer nos relacionamos con los autores que a través de sus obras nos transmiten sus conocimientos, su sensibilidad, el fruto de su investigación o su imaginación y, cómo no, la tradición de la que han bebido para llegar a dar a luz a su obra. Pero todo esto no sirve de nada si no hay alguien que lo lea, lo interprete y de un modo u otro interiorice su contenido. Una de las labores fundamentales del bibliotecario es generar colecciones que permitan a los lectores encontrar los textos que mejor se adapten a sus requerimientos ya sean estos laborales, de investigación o de ocio. Para ello necesitan conocer tanto la producción literaria como las demandas de su público, funcionando como “celestinas” entre autores y lectores. Todo un entramado de relaciones (autor-bibliotecario-lector) sin el que no tendría sentido nuestra tarea.

Los que trabajamos en el mundo de la documentación sabemos además que no podemos considerar lo que hacemos como una labor únicamente nuestra. Quienes nos han precedido en esta profesión y quienes la ejercen simultáneamente a nosotros han influido e influyen en nuestra forma de hacer y de entender nuestra misión y en la manera de llevarla a cabo, de tal modo que somos parte de un gran equipo que se extiende en el tiempo y en el espacio.

A mi entender nuestras tareas pueden realizarse en soledad, pero nunca se trata de un trabajo solitario. Por eso me parece importante expresar mi reconocimiento y mi gratitud a todos aquellos que me han ayudado a seguir la ruta o me han acompañado en algún tramo de mi senda laboral. Son muchos los nombres que vienen a mi memoria, muchas las mujeres y los hombres con los que he tenido la suerte de compartir la pasión por los documentos y su contenido. Entre ellos está Carmen Gómez, a la que conocí primero como investigadora y después como directora de la Fundación Sancho el Sabio. Al frente de esta institución ha liderado una etapa de cambios sustanciales tanto en lo que concierne al soporte de la información como en lo relacionado a la forma de transmisión y difusión de la misma, manteniéndose fiel a los objetivos fijados desde su fundación: **recopilar, ordenar, conservar y difundir documenta-**

ción referida a la cultura vasca⁵. Según sus propias palabras, el fondo bibliográfico de la Fundación es “...fundamental para el estudio del pueblo vasco y contiene uno de los fondos más ricos sobre su cultura” y gracias a todos los que han trabajado y trabajan en ella ha cumplido su anhelo de llegar a ser “...una biblioteca modélica en su género”⁶.

Hace ya diez años que la Fundación se asentó en su nueva sede del Convento de Betoño. Poco después, Carmen abandonó su etapa laboral para disfrutar de un merecido descanso. Nos queda su ejemplo, que nos anima en la labor de cuidar y difundir nuestro patrimonio, en la certeza de que es fundamental cuidar y preservar nuestra cultura, no porque sea mejor o peor, sino porque es nuestra esencia y nuestra herencia y, como todas las culturas, una parte del patrimonio de toda la humanidad.

⁵ <https://www.sanchoelsabio.eus/conocenos/historia-de-la-fundacion/>

⁶ Carmen Gómez: “Fundación Sancho el Sabio”, *Sancho el Sabio: Revista de Cultura e Investigación Vasca = Euskal Kultura eta Ikerketa Aldizkaria*, Año 1, 2ª época, nº 1, 1991, pp. 275-287 (p. 278).